

---

RUSE, MICHAEL

*Science and Spirituality: Making Room for Faith in the Age of Science*, Cambridge University Press, New York 2010, 264 pp.

Desde las primeras páginas del libro, Ruse emplea un lenguaje neto y ligeramente provocativo. Se dirige a la gente de ciencia, entre la que se incluye como admirador. Lejos de pensar que la ciencia sea todo lo que hay en esta vida, busca indagar sobre la naturaleza de la ciencia y sus límites y comprobar si es tan antitética al pensamiento religioso como a veces se la presenta o, por el contrario, si se puede ser a la vez científico y —con integridad— una persona de religión (p. 7). En concreto se centrará durante todo el libro en el cristianismo y buscará ir a los elementos centrales de esa religión, rechazando en cualquier caso una concepción literal de las Sagradas Escrituras. Se muestra también convencido de que en la ciencia no hay nada que te fuerce a ser cristiano (pp. 8-9). El autor se interesa en la naturaleza, objetivos y límites de la ciencia y —bajo esta luz— en qué es lo que el cristiano puede decir o afirmar legítimamente.

El libro tiene dos partes. En los primeros cuatro capítulos Ruse hace un repaso histórico. Inicialmente justifica la necesidad y uso de las metáforas como método heurístico empleado por la ciencia para conocer el mundo (pp. 21-22). A la vez reconoce que no son absolutas, ni dictan la verdad por sí mismas, sino que la verdad y la comprensión vienen del modo en que usamos o somos influidos por la metáfora (p. 50).

Confiado en la capacidad humana de conocer la realidad, estudia el desarrollo de las ciencias desde un enfoque histórico que se centra en las conocidas metáforas orgánica (cap. I) y mecanicista (caps. II-IV) con que se ha concebido al universo hasta nuestra época. Su objetivo no es contar la historia de la ciencia, sino trazar el camino que ha llevado a un cambio desde la metáfora del mundo como un organismo a la del mundo como una máquina (p. 36, p. 117). Es un trabajo que ya realizaron con anterioridad otros autores y que Ruse sintetiza.

En los capítulos III y IV, siguiendo con la evolución histórica de la metáfora, distingue entre dos tipos de máquinas o mecanismos: las que se pueden entender como artefactos o máquinas vivientes en ac-

ción que buscan adaptarse y se dirigen hacia causas próximas; y las que se pueden entender como procesos que se dirigen hacia causas finales.

El triunfo de la metáfora mecanicista le sirve como punto de partida para la segunda parte de su libro (caps. V-VIII). Allí detecta algunas áreas de la realidad donde dicha metáfora no funciona como método heurístico de conocimiento y hacia las que por tanto el científico no se dirige. Analiza de este modo cuatro límites —aunque puedan existir más— para los que la metáfora no tiene respuestas (p. 146): ¿por qué hay algo en lugar de nada?; ¿cuál es el fundamento de la moralidad?; ¿qué es la conciencia?; y ¿cuál es el sentido de todo?

Considera estas preguntas como auténticas y legítimas. A la vez que reconoce cómo la ciencia no les puede dar una respuesta, observa que el cristianismo sí que tiene una respuesta, que se acepta mediante la fe.

Analiza después si con un cambio de metáfora se podría encontrar respuesta a esas preguntas. Y llega a la conclusión de que aunque se cambie de metáfora, la ciencia sigue teniendo esos límites: hay cosas a las que no puede llegar y precisamente reconocer esos límites nos libera para poder continuar preguntándonos (p. 178). El problema es reconocer cuándo y dónde se han alcanzado esos límites. Ruse señala dos temas donde parece que se están alcanzando: la relación entre mente y cerebro, y el modelo estándar de la mecánica cuántica.

Los dos últimos capítulos los dedica a hablar sobre la fe cristiana. Para ello analiza cuatro temas que considera centrales en el cristianismo: que Dios es creador; que los hombres tenemos una tarea que realizar y por la que seremos juzgados; que tenemos un alma porque estamos hechos a imagen y semejanza de Dios; y que hay una promesa de vida futura. Su objetivo no es hacer apología del cristianismo sino mostrar cómo las preguntas formuladas en el capítulo V pueden tener respuestas válidas en la fe. Por supuesto, estas respuestas serán no-científicas, porque tienen una fuente diferente de la razón y de la experiencia empíricas (p. 183).

En esta parte del libro cabría destacar que en la exposición de Ruse se aprecia tanto una matriz calvinista como cierta deficiencia al exponer los argumentos teológicos, principalmente —pero no sólo— porque mezcla autores protestantes como Karl Barth con doctrina del Concilio Vaticano II, como si todo fuera lo mismo. Es de-

cir, expone los argumentos cristianos a su modo, pero siempre aclarando que no significa que los acepte, sino que lo que trata de destacar es que la ciencia moderna no obliga a rechazarlos (p. 220).

Su relación ciencia-cristianismo entra dentro de los cánones del compatibilismo. El científico no se encuentra en condiciones de objetar a la fe cristiana nada que sea propio de ésta. Esto no significa que todavía no lo pueda entender, sino que no lo podrá entender nunca, porque se trata de afirmaciones teológicas que se deben resolver en el ámbito teológico. Para Ruse el cristianismo no tiene explicaciones a muchos “porqués” pero sí que tiene una respuesta dada por la fe. A su vez, la posición científica no confirma las afirmaciones cristianas, pero ciertamente las hace posibles (pp. 228-229). La fe tampoco es una simplificación que nos evite el problema de razonar, sino que ella misma exige el trabajo de la razón. Coherente con su compatibilismo no dialógico, Ruse arremete tanto contra el *God-of-the-gaps*, como contra el *Intelligent Design*, ya que ambos le parecen una mala ciencia y una mala teología.

Rubén Herce. Universidad de Navarra  
rherce@gmail.com